

XXVII. SOBRE EL SER Y LA ESENCIA: UN “QUÉ ES” QUE “ES”

Los capítulos precedentes han ido acostumbrando nuestros pobres ojos a la luz superior de la metafísica. Hemos visto la objetividad de la verdad y el rigor de la lógica; la distinción entre lo real y lo aparente; la noción de naturaleza y la variedad de las naturalezas; la verdad del cambio, que supone un sujeto que permanece a través del movimiento, y la distinción metafísica entre el acto y la potencia; las composiciones metafísicas subyacentes al cambio sustancial (*i.e.*, materia prima y forma sustancial) y al cambio accidental (*i.e.*, sustancia y accidentes); las categorías del ser (*i.e.*, la de sustancia y los nueve accidentes); las propiedades trascendentales que se identifican con el ser —su unidad interna, su verdad, bondad y belleza—, y, en fin, la causalidad y los tipos de causas. Todos estos conceptos y distinciones nos resultan, a veces, áridos, pero reflejan la estructura más profunda de la realidad, que nuestro intelecto puede penetrar de manera disciplinada. Por eso, están incorporados en el lenguaje corriente, aunque no siempre con tanto rigor. En efecto, hablamos de la verdad y del error, de una materia que se transforma, de una cosa que padece cambios, de cualidades y cantidades, de los tiempos y los lugares de las cosas, de unos seres que influyen en otros, de los fines y los medios. Nuestra razón natural, con mayor o menor rigor, distingue lo que Aristóteles sistematizó, y advierte que corresponde a la realidad de las cosas y no a esquemas arbitrarios.

La filosofía introduce distinciones que permiten comprender con más profundidad aquello con lo que ya estamos familiarizados. Ahora explicaremos la gran distinción metafísica entre el ser y la esencia de las cosas: el qué es algo (su esencia) como distinto de que sea (acto de ser). Si pensamos en el conjunto de toda la naturaleza, distinguimos tipos de seres —clases, especies naturales—, y, por lo tanto, podemos decir que todos tienen algo en común, y es que son, que existen, y, sin embargo, tienen un modo de ser distinto, algo que las diferencia radicalmente, es decir, no únicamente a un individuo

de otro por sus accidentes³²⁰ como el tamaño o el color, sino a una especie de otra por una diferencia universal que se realiza en cada individuo.³²¹ A esta distinción los filósofos escolásticos le llamaron la distinción entre la existencia o ser y la esencia o modo de ser, que, en términos de acto y potencia es la distinción entre el acto de ser y la potencia de ser (o esencia).

Se puede captar cómo se aplica aquí la distinción entre acto y potencia usando un ejemplo de Kant, quien dice que entre cien táleros pensados y cien táleros reales no hay ninguna diferencia esencial. El hombre realista quizá se extrañará con esta afirmación, porque, si a uno le dicen que entre tener cien dólares sólo en la cabeza y tenerlos en el bolsillo no hay ninguna diferencia esencial, uno preferiría tenerlos en el bolsillo. Kant apunta, sin embargo, a la cuestión de la definición o “lo que” algo es, el modo o tipo genérico de ser, su esencia. Entonces es verdad que, en su definición, en su modo de ser, no hay diferencia entre los cien dólares reales, los que tenemos en el bolsillo, los que podemos gastar, y los cien dólares pensados. Entre un gato pensado y un gato real no hay diferencia de definición. No obstante, hay una diferencia fundamental: uno de ellos existe de hecho y el otro no existe realmente. Por lo tanto, en uno de ellos esa posibilidad de ser se actualiza, se hace real, mientras que en el otro esa posibilidad de ser no se actualiza. Naturalmente, sólo en una inteligencia perfecta será verdad que lo que ella conoce de la definición de una cosa no guarda ninguna diferencia con la esencia real de la cosa en sí. La inteligencia humana no captura, en su definición mental, más que un aspecto fundamental de la esencia de la cosa.

En todo caso, para lo que ahora nos interesa, se entiende que el ser es acto y la esencia o modo de ser es potencia. Así como la materia y la forma se dan indisolublemente unidas, y, en general, la potencia, cuando está actualizada, sigue existiendo indisolublemente unida con el acto, aquí la esencia como potencia de ser y el ser como acto de ser, como existencia, se dan siempre indisolublemente unidos en las cosas reales. Incluso si hubiera una cosa real que no tuviera materia, seguiría siendo verdad, en la medida en que fuera una realidad limitada, que en ella habría acto y potencia: el ser o existir de hecho y su modo de ser sin materia (espíritu). En la filosofía se discute mucho este tema, porque las posibilidades de seres espirituales son las siguientes. En primer lugar, Dios, que en la filosofía escolástica, como veremos más adelante,³²² es un Acto Puro de Ser, sin ninguna potencialidad que

³²⁰ Cfr. *supra* cap. XXIV.

³²¹ Cfr. *supra* cap. XXI.

³²² Cfr. *infra* cap. XXXIX.

lo limite a ser de un modo específico. Es un *puro ser*, sin mezcla de ninguna imperfección. Su misma existencia es discutida y las pruebas o demostraciones de su existencia son difíciles.³²³ En segundo lugar, en teoría son posibles los seres sustanciales en cuyo modo de ser no se incluye la materia, a pesar de que pueden cambiar y tienen potencia. En la tradición judeocristiana se les denomina “ángeles”. Son personas espirituales, sin materia. A partir del conocimiento de seres materiales, no podemos demostrar la existencia de los ángeles. Por lo tanto, ante el pensamiento filosófico aparecen como una posibilidad no contradictoria. En la tradición teológica son un hecho seguro, porque la teología se basa en la fe, que no puede fallar; pero en el ámbito filosófico, donde se afirma lo que la razón natural puede probar sin la ayuda de la fe, los ángeles aparecen sólo como una posibilidad, aunque son una posibilidad plausible y bastante probable, teniendo en cuenta la imperfección del mundo material y la infinita generosidad de Dios. Por decirlo de alguna manera, si se demuestra que Dios existe, sería extraño que Él hubiera creado un universo en el que sólo existiera lo más imperfecto que uno puede pensar, que es lo material, y no hubiera todos esos seres intermedios entre el hombre y Dios mismo. En la filosofía aristotélica se debate si los motores inmóviles, que Aristóteles menciona en su *Metafísica*,³²⁴ distintos del primer motor inmóvil, como motores intermedios podrían tener un carácter semejante al de los ángeles de la teología católica. La discusión es muy difícil; pero la mayoría de los intérpretes piensan que no pueden ser lo mismo, aunque esos motores tienen algo de divino, en el lenguaje que usa Aristóteles. Según Giovanni Reale, un erudito contemporáneo experto en la obra del Estagirita,

para Aristóteles el motor inmóvil es divino, las sustancias suprasensibles y los inmóviles motores de los cielos son divinos y también es divina el alma intelectual de los hombres. Es divino todo lo que es eterno e incorruptible. Una vez establecido esto, hay que agregar que Aristóteles realizó un intento unificador. Antes que nada, reservó sólo para el primer motor la utilización explícita del término Dios en sentido fuerte, reafirmó su unicidad y de ésta dedujo también la unicidad del mundo.³²⁵

En fin, después vienen todos los seres que podemos conocer por los sentidos, en los cuales el *modo de ser* implica, como hemos visto, la materia

³²³ Cfr. *infra* cap. XXXVIII.

³²⁴ Cfr. *Met.*, XII, 8, 1074a.

³²⁵ Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, cit., t. I, p. 172.

prima y la forma sustancial unidas.³²⁶ Por tanto, son seres que se generan y se corrompen. Son sustancias que poseen un ser realizado en una materia, pero que dejan de existir cuando se corrompen, y, a partir de ellas, comienzan a existir otras.

Otras realidades puramente espirituales no son sustanciales, sino accidentales, como, por ejemplo, un pensamiento. Un pensamiento, una idea, se independiza de la materia. No se puede *pensar* con una imagen, sino que, aun cuando las imágenes acompañen nuestro pensamiento de ideas, estas hay que pensarlas con independencia de las imágenes. Incluso una idea tan sencilla como la de triángulo, no corresponde a ningún triángulo imaginario, que podamos dibujar.³²⁷ La idea misma se independiza de sus concreciones particulares, materiales, aunque incluya como idea el hecho de que en la realidad corresponde a algo material; *v.gr.*, pensamos la idea de triángulo o de gato con abstracción de cualquier triángulo o gato determinado, pero incluyendo en la idea que los triángulos y los gatos reales son materiales. Esta materia pensada como parte de un concepto fue denominada por Aristóteles materia inteligible.³²⁸ Sabiendo que, por lo tanto, nuestro pensamiento tiene un carácter espiritual, independiente de la materia, pero que no es sustancial, sino que se da en nosotros —somos la sustancia, en la cual se da esa característica, que es el pensamiento ejercido—, surge el problema o el misterio filosófico de saber qué tipo de sustancia tan extraña somos nosotros, que podemos poseer realidades no materiales en nosotros mismos, cuando pensamos. Esta observación metafísica —no empírica, pero contundentemente racional— llevó a autores como Platón a pensar que el hombre era únicamente su alma espiritual, distinta del cuerpo, o a Aristóteles a pensar que el alma intelectual es algo divino que viene de fuera del cuerpo, lo cual, por supuesto, calza con la tradición cristiana acerca del alma.³²⁹

Ahora podemos dejar patente que esta gradación de los modos de ser implica la distinción entre esencia y acto de ser, porque la potencia limita al acto: hay distintos grados de ser, a pesar de que el ser es lo común a todas las cosas, porque hay diversidad de esencias o modos de ser. La esencia, considerada como principio de operaciones, se denomina naturaleza. “También se aplica a la esencia el calificativo de «naturaleza» (*natura*), nombre que

³²⁶ Cfr. *supra* cap. XXVI.

³²⁷ Cfr. *supra* cap. XII.

³²⁸ Cfr. *Met.*, VII, 11, 1037a e *infra* cap. XXVIII.

³²⁹ Cfr. *Fedro*, 246c; *Timeo*, 34b-37b; *DA*, IV, 1, 408a y ss. y *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 362-368.

significa a la esencia connotando orden a la operación”.³³⁰ Son lo mismo, considerado desde puntos de vista distintos. En cambio, se discute en la tradición escolástica si el ser y la esencia de una cosa se distinguen realmente entre sí o no; es decir, si son dos principios metafísicos realmente distintos o si sólo se distinguen en nuestra mente. Hay orientaciones que piensan que es una distinción que hace la razón nada más. Es el caso de Francisco Suárez, quien afirma que la esencia creada no se distingue realmente de la existencia, sino sólo en la mente.³³¹ Santo Tomás de Aquino piensa que la distinción no es puramente mental, sino que, en la realidad misma, es distinto el ser de la esencia. Sus argumentos son bastante convincentes. Por ejemplo, no es lógicamente posible que entre dos entes reales aquello que tienen en común sea igual a lo que tienen de diferente; si tienen en común el ser, no puede ser que eso mismo sea lo que los hace diferentes; por lo tanto, la diferencia entre el ser y la esencia tiene que ser real y no solo pensada (o de razón).³³²

Finalmente, también nos parece relevante que veamos la diferencia de significado entre *ser* y *existir*. En muchos contextos se usan como sinónimos. Incluso, algunos textos de metafísica tomista hablan de la distinción entre esencia y existencia. Sin embargo, según esta potencia de ser, que es la esencia, hay grados de ser distintos, como se ve en la jerarquía que hemos recordado. Esto significa que ser no es lo mismo que existir simplemente. En español, la palabra “existir” tiene un significado unívoco binario: una cosa existe o no existe. Es como el estar encendida o apagada la luz eléctrica en una habitación. La luz está encendida o está apagada. Si el ser fuera sólo existencia, podríamos decir que una cosa existe o no existe; y, al decir respecto de ella que es, sólo podríamos decir si es o no es. Sin embargo, la palabra “ser” tiene, en español y en diversos idiomas, así como en latín y en griego, la connotación de algo análogo, es decir, que admite intensidad. En cierto sentido de la analogía, se puede decir que algo es o no es; pero el ser de las cosas se da no sólo como existir o no existir, sino que, dentro de las cosas que existen, unas tienen modos de ser más intensos que otras:

³³⁰ Medina Estévez, Jorge, *Anotaciones de metafísica: siguiendo a Aristóteles y a Santo Tomás de Aquino*, Santiago, Universidad Santo Tomás, 1995, p. 92.

³³¹ *Cfr. Disp.*, XXXI. Véase el detallado tratamiento de Söchting, Julio, “Encarnación y subsistencia en las *Disputationes metafísicas* de Francisco Suárez: Algunas cuestiones en torno a los fundamentos de la modernidad”, en Maryks, Robert Alexander y Senent de Frutos, Juan Antonio (eds.), *Francisco Suárez (1548-1617). Jesuits and the Complexities of Modernity*, Leiden-Boston, Brill, 2019, cap. 7, pp. 154-177, esp. 167-171.

³³² Para una exposición más detallada de los argumentos a favor de la tesis de la distinción real, *cfr.* Alvira *et al.*, *Metafísica*, *cit.*, pp. 111-114.

son más. Eso depende de su esencia. Un perro es más que un gramo de oro. Consideremos un ejemplo tomado de otra relación entre acto y potencia, la de continente y contenido. Si llenamos de agua un vaso que tiene capacidad para doscientos mililitros, vamos a tener en acto esa cantidad de agua, actualizando la potencia receptiva del vaso. Si tenemos un jarro con capacidad para un litro, y lo llenamos de agua, ahora va a contener en acto un litro de agua. El acto de contener agua es y no es el mismo en cada caso: en los dos casos, el vaso y el jarro están llenos; pero doscientos mililitros son una cantidad menor de agua que un litro. Cuando trasladamos este ejemplo al del acto de ser, también podemos decir que un tipo de realidad tiene menos ser que otro. Aquí ya no se trata sólo de cantidad, como la cantidad de agua, sino de intensidad del acto de ser. Consciente de la dificultad del pensamiento metafísico, volvamos al ejemplo de la luz, la cual en la habitación está encendida o apagada, *i.e.*, el estar encendido/apagado tiene un significado unívoco y binario: sí o no. Este estar o no encendido corresponde al concepto de existencia, en el caso de los seres. Sin embargo, una luz encendida puede ser más o menos intensa, y, entonces, tiene sentido que una habitación pueda estar más iluminada que otra, aunque en las dos la luz esté encendida en un sentido unívoco. La intensidad diferente corresponde al acto de ser como algo análogo. Podemos hacer el esfuerzo de pensar el ser no ya como binario —una cosa es o no es: existe o no existe—, sino como análogo y con distintas intensidades. Un electrón *es*, pero con una intensidad de ser ínfima; un fotón *es*, pero con una intensidad de ser elemental: ¡elemental y qué hermosa! Un pedazo de oro sólido *es* con una intensidad de ser mucho mayor. Un pino *es* con una intensidad de ser mayor que la del oro, porque implica vida. La vida es el mismo ser de los vivientes, pero es un ser de tal intensidad que implica automovimiento, actividad interior generada por la misma cosa: nutrición, crecimiento, reproducción; ser interior con actividad inmanente.³³³

Todos los seres materiales se están moviendo siempre, como afirma la filosofía clásica, que considera sinónimos el ente material y el ente móvil. Así lo corrobora la ciencia moderna. Por lo tanto, un bloque de oro también se mueve de manera interna; está cambiando de continuo. Sin embargo, estos cambios —movimientos de electrones y cosas por el estilo— no implican una actividad interior o inmanente, que transforme lo externo en la propia sustancia, como si el oro pudiera nutrirse de cosas exteriores, y de esa forma crecer y después reproducirse. En cambio, un vegetal toma cosas del medio

³³³ Cfr. *infra* cap. XXXI.

circundante, interactúa con el ambiente y mantiene un ser que se mueve de un modo distinto a los llamados seres inertes, porque está continuamente actuando para mantenerse en el ser, y después se reproduce y produce otros seres de la misma especie. Con mayor razón, un animal, un gato, está vivo de una forma mucho más intensa que un árbol, y eso se manifiesta en su capacidad para realizar operaciones más profundas que las de un árbol, como recordar o desear o moverse de acuerdo con esos deseos. En esta escala de los seres materiales, el hombre tiene una intensidad de ser todavía mayor, porque su ser trasciende la materia con el pensamiento y la libertad.³³⁴ No sólo existimos y dejamos de existir, sino que, en realidad, somos; y somos más, y no dejaremos de existir.³³⁵

³³⁴ Cfr. *infra* cap. XXXIV.

³³⁵ Cfr. *infra* cap. XXXV.